

Talud

Aleisa
Ribalta



Aleisa Ribalta. (La Habana, 1971).

Nacida en Cuba. Reside en Suecia desde 1998. Es ingeniera de profesión y actualmente se desempeña como docente de asignaturas demasiado técnicas y no directamente relacionadas a la literatura como: Diseño de Interfaces Gráficas, Diseño Web y Programación de Aplicaciones. Escribe desde muy joven mayormente poesía. Alega que los lenguajes de programación son también un modo de entender la comunicación y hasta de saborearla. Para la autora, en esos símbolos para algunos incomprensibles está también la literatura como forma vital de expresión. Talud es su primer poemario. Aquí conmina sus miedos, convoca también a sus demonios y más que nada, rumia sus lecturas en un ejercicio de humildad. Este poemario propone, lúdico, un pacto entre el lector y esa voz desde el otro lado que le dice, no sin cierta lascivia: "¡Salta!"

PALABRAS AL LECTOR

Talud es un salto al vacío, una muerte súbita en la poesía, ese paseo por el borde de un acantilado que provoca náuseas y revelaciones. Aquí la página en blanco hace las veces de espejo, álbum de familia, prueba de ADN, genealogía intersticial sedimentada como un fósil furioso. La herencia fluye inquieta por las venas, esa suerte de ríos subterráneos, como el magnífico “pez del hilo dorado/ invención casi mía de la lejana provincia de/ Sichuan”. Y la trashumancia, exvoto y holocausto, es entendida como regreso. Cuba reverbera y Suecia brilla por su ausencia. No es un libro del tránsito sino del descenso a los ínferos, al origen del cordón umbilical y el grillete ancilar. Resuenan muchas voces, mientras la poeta busca un registro propio que sospecho ya ha conseguido en algunos de los poemas más singulares de este libro. Poemas donde Aleisa Ribalta se conjura “sentada sobre piedras blancas que no lo son”, nombres que regresan al flujo de energía universal, como bautizo, lápida y tributo. Como toda caída libre, la suya es un despegue.

Joaquín Badajoz.

(Hell’s Kitchen, Manhattan, mayo de 2017)

A los que se despeñaron.



Piedra Blanca

Este es un poema para inventar a Ulises,
para ponerlo como siempre a prueba.

Sabe que estoy sentada frente al mar,
que oigo cantar a las gaviotas, y no vuelve.

La última vez nos amamos
en este motel sin ventanas de la costa.

Este es un poema donde estoy sentada
sobre piedras blancas que no lo son.

Todos los peces que encallaron aquí
perdieron el camino al mar,
sedimentados.

Sobre los esqueletos de miles de
peces se formó la arena blanca de la
espera.

Ulises, estoy en Piedra Blanca.
Honda la bahía, frente al mar, ¿lo
recuerdas?

Enigmas de la cuántica

— ¡Carajo, y no poder abrir la caja!

—, me dijo un día el científico...

Yo también,
claro, pagaría o
robaría por este
misterio.

¿Qué fue de ti y de mí,
de aquél instante
eterno,
de eso que un día soñamos
y otro día compartimos,
de lo que nos dijimos
y lo que nos callamos?

Pero no saber es el precio,
imposible como el
experimento y hasta
dolorosamente justo.

Todo quedó dentro de aquella
caja que no podremos abrir
nunca,

que está perdida en esta hora
del ser y no ser más
simultáneo.

Como aquel felino sin mejor suerte
que quedarse dentro
y sí, ¡claro que puede
saberse vivo o muerto
sin revelarlo!

Schrödinger o el amor,
paradoja de dos,
es gato cuántico
y sin ser o no ser,
duele en el tiempo.

Lamiácea Labiácea

¡De todo! Caletas (altos)
cocoteros palmas (enanas)
arecas.
¡Mucho mangle más que nada!
Y por doquier algún que otro
yerbajo duro y difícil de nombrar.
¡Bah!, nunca lo sabremos todo.
¡El reino! ¡Vegetal y tan
diverso! De su jardín, salvia
costera, trajo remedio para
amígdalas
y otras entendederas inflamadas
el jardinero Carbón Bombón.
Un Linné a la criolla.
Hum ¡Con esa planta!
Y yo, pensando: de botánica sabrá el
dandi lo que aquel hijo del presbítero
que sabía de todo (o casi todo).

La versión cubensis
de Carl von (¿von?) L.,
prescribió masticar durante
tres días el amargo
yerbamen. Ipso factoy a pelo,
por curarme,
hice caso, molí todo en
trapiche, succioné, tragué. Y a
la tríada de veinticuatro, canté
las maravillas del mar y todos
sus misterios, con una voz
recién estrenada gracias a la
costera variedad de
Spermatophyta fanerógama.

Sutil el hilo casi

“Un pez es un deseo que formula tu corazón”
Proverbio chino

Ah qué escondido dentro de una cueva
bajo altas montañas reposas pez del hilo
dorado invención casi mía de la lejana
provincia de Sichuan. Si antes de que
supieran mis genes del llamado ya eras y
poblabas

el obscuro lugar
cómo es que no me contó nadie de tu noche
sin rumbo ciego de soledad y de
silencio tu angustia de vagar solo

sin

ser vagabundo.

Y dónde fue que supe de tu trance rebelándote
contra la sombra y tu

transparente

piel de seda

invisible decidida a brillar y a conminar la
sangre para crear horizontal hilo tibio de
imperceptible aureola. Nada

ser único

entre la vasta estirpe

intensamente deseado. Temeraria la búsqueda
por entre lo recóndito tras de ti

sutil

el hilo casi.

Solo para probar que existes fiel pez de
dorada marca transversal de Sichuan lejana
provincia de mis ancestros. Milenario
fantasma diminuto persistiendo en ser por
desde
pese a la bruma
todo el deseo y más latiendo en la oscuridad.

Fúndeme con tu arcilla

”una mano como las raíces de un árbol
un vaso campaniforme lleno de huesecillos de
ignorancia”
Clara Janés.

Toda la Poesía al horno
una mezcla de lodo
dudosamente maleable
inasible la puta
no se deja
besar

En setenta ánforas
vacías
recurren
Aquiles y
Áyax
jugando a los dados

qué de cántaros
mudos
en el Tiempo

Uno solo puso sobre masa
templada
lanzas en V
escudos a un lado
un cuatro Aquiles
un tres Áyax

Pentesilea fulminando con sus
ojos al del talón ya menos
vulnerable mirando altiva
sangra
grácil y blanca
como
ninguna
¿atravesada por qué lanza?
¿qué tendría la arcilla?

Huele fresca la
rúbrica sobre lécito
en negro "Exequias
me hizo"